Hace cuatrocientos años, en las ciudades, empezasteis a olvidar que estoy viva. Vuestros antepasados, aquí y en todas partes, me conocían. Habéis dejado de verme y de escucharme. Pocas veces sentís mi presencia y mi poder. Creéis que estáis solos en la cúspide del mundo, que sois los únicos que sienten y piensan, los únicos que cuentan. Pero el árbol que tocáis también siente vuestro tacto, la tierra que pisáis siente vuestros pasos, el agua en la que os zambullís siente vuestros cuerpos, el aire que respiráis siente vuestro ánimo.

No estáis solos.

Es hora de que sepáis lo que observo, en mi cuerpo y en vuestro horizonte.